

ciliables, y se echaba un velo sobre lo pasado. Aquel pensamiento constante, invariable, aquel afecto profundo que nos ocupaba sin cesar, nos comunicaba una energía, una vitalidad insólita y poderosa, que se revelaba en las palabras, en las miradas, en los ademanes, en todo. ¡Qué jovialidad, qué afectuosa armonía entre los amigos! ¡Cuán intensos, cuán puros, cuán elevados eran nuestros afectos y sentimientos! La primavera no se respiraba solamente en las flores, en el ambiente, en el espacio: sentíamosla en la sangre de nuestras venas, en los impulsos de nuestro espíritu, en los afectos de nuestro corazón; era como el soplo de una nueva vida virgen, que había penetrado hasta en las fibras más íntimas de nuestro ser. ¡Qué días aquellos! ¡Patria, patria, si siempre pudiéramos sentir de esa manera!

III

Desde los primeros días en que se comenzó á hablar de la guerra, engendröse en mi mente una especie de confusión, que lejos de menguar, fué creciendo y aumentando paulatinamente hasta el punto de desaparecer aquélla para dar lugar á la certeza. Confusión he dicho, y es que no encuentro otra palabra para expresar el estado de mi ánimo: pensaba, hablaba y obraba como si me hubiese hallado sometido al influjo de un licor embriagador. Al principio agitación, después inquietud, luego verdadera fiebre, oleadas de sangre ardiente que se me subían á la cabeza, prurito de movimiento, necesidad de agitación, de aire, de luz, de música, de versos, é imposibilidad absoluta de fijar la mente en cosa alguna. Ni siquiera en el pensamiento de la guerra, porque el representarme con la imaginación sus hechos y acontecimientos, tanto más terribles cuanto más maravillosos, valía tanto como suprimir algo

importante de aquel pensamiento de un porvenir indeterminado, aventurero, desconocido, que me infundía tanta plenitud de vida y alegría tanta.

En casa no hallaba punto de reposo. Sacaba de la estantería una docena de volúmenes; de cada uno de ellos leía una página agitado, tembloroso, agitándome en la silla inquieto, y de pronto los cerraba con estrépito, los tiraba diciendo: — ¡No bastan; no bastan: no dicen cosa alguna de lo que bulle dentro de mí! — Abría un periódico: en aquellos días los periódicos echaban lumbre, daba una ojeada al entusiasta artículo de fondo, y hacía pedazos la hoja volandera: — ¡Esto no vale nada, Dios mío, esto es frío como el hielo! — Y dominado por repentina inspiración, me sentaba á la mesa, y escribía, y escribía, y escribía. — ¡Lo escribiré yo el artículo! — decía, y antes de que transcurrieran cinco minutos, rasgaba las cuartillas, y tiraba la pluma y el tintero, y exclamaba: — ¡Frío, todo frío! Hay para desesperarse. ¿Pero dime tú, madre mía, no hay en toda la literatura italiana algo que se parezca á esta fiebre que me devora? — ¡Berchet! — me decía tímidamente. — Berchet no, no, — contestábale yo con acento dramáticamente suave. — Berchet se deja llevar por la ira, Berchet odia, Berchet maldice, y yo en estos momentos amo, amo inmensamente, amo á todos, me siento hermano de todos, y estrecharía contra mi corazón á cuantos encuentro en la calle. ¡Hasta amo á los austriacos, madre mía! Tiraré á destruir los más que pueda, pero les amo, sí, les amo, porque gracias á ellos sacude Italia el marasmo en que se hallaba sumida, y levanta de nuevo la cabeza, y se muestra poderosa y bella y querida, y difunde en sus hijos todos ese indescriptible sentimiento de grandeza y alegría. ¡Muerte á los austriacos; pero viva, viva el Austria! ¡En mi vida me he sentido tan cristiano! — Después de lo cual me asomaba á la ventana, y el silencio que en la calle reinaba, era motivo para mí de profunda tristeza. — ¡Qué vergonzosa quietud! ¡qué

fría tranquilidad! ¿Es posible? Pero, señor, ¿por qué no se echan todos á la calle á meter bulla y estrépito? ¿Qué gentes son éstas? ¿qué puede esperarse de ellas?... ¡Oh, domemos esta fiebre que me devora!—Y encerrándome en mi gabinete, y empuñando la tajante espada, hacíame la ilusión de tener delante de mí á un oficial austriaco, alto, flaco, con unos mostachos hirsutos y unos ojazos penetrantes, y me ponía en guardia, y, zis, zas, estocadas, golpes, molinetes, saltos, gritos, hasta que me dejaba caer sobre el sofá, bañado en sudor y rendido de cansancio. Loco, loco rematado.

No hay para qué decir si el vecindario se había enterado de la vida que llevaba. Sin contar con que mis declamaciones poéticas se oían desde la calle, solía pasarme las más de las veladas en el mirador del patio, y no hay quien ignore lo que son los patios de las nuevas edificaciones de Turín. (Vivíamos en uno de los tres grandes palacios de la calle de Niza, frente por frente de la estación del ferrocarril). Son dichas casas inmensos palomares, con más gente que piedras, y después de comer, todo el mundo se asoma á los balcones, y los de los pisos superiores miran á los de los inferiores, y éstos contemplan las piernas de aquéllos, y en los entre-suelos se hace el amor, y los chiquillos juegan en los miradores, y los empleados leen sus periódicos, desde la azotea hasta el suelo, y desde el suelo hasta la azotea, los de un piso dicen pestes de los del otro, y todos se sonríen, y se saludan y se tratan como los mejores amigos. Vivíamos en el piso segundo: uno de los del lado, ocupábalo una señora napolitana, muy fina, muy guapa y de gran talento, grande amiga nuestra, una mujer á lo Cairoli, enérgica, decidida, soñadora, resuelta, que un día en que debía batirse en duelo su hijo había dejado sorprendida y maravillada á mi madre con estas palabras:—Cumplirá con su deber.—El del lado opuesto lo ocupaba un antiguo ingeniero, pintor, octogenario, ciego, veterano de Napoleón I, rodeado de media

docena de nietecillos, amables y monísimos que hacían mis delicias; un viejecillo bondadoso, que me daba el dulce nombre de hijo, me quería extraordinariamente, y cuando me hallaba ausente, como se pasaran tres días sin contestar á sus cartas, iba á mi casa y le preguntaba tímidamente á mi madre, si en la última que él había escrito había encontrado acaso alguna palabra que hubiese podido ofenderme. El piso frontero al nuestro ocupábalo una viuda de unos cuarenta años, elegante, lánguida, flaca, feílla, infatigable devoradora de novelas, que solía asomarse á su ventana cuantas veces me asomaba yo á la mía, dirigiéndome miradas lánguidas y persistentes, apretando los labios y doblando melancólicamente la cabeza, fingidamente rizada. En la ventana que estaba al lado de la suya, solía pasarse las horas muertas su criada, acometida de incipiente pasión por mi asistente (guapo muchacho entre paréntesis), de buen color, mofletuda hasta el punto de parecer que soplara, labios prominentes, ojos prominentes, todo prominente, según podía deducirse de ciertas curvas y protuberancias que se distinguían hasta desde los más remotos confines de la casa. En el tercer piso, encima del de la ninfa lánguida, habitaba un estudiante en la Universidad, muy joven, muy buen hijo, entusiasta de la guerra, que se había ya alistado como voluntario, la cabeza más destornillada, más alegre y más agradable que se pueda imaginar. En cuanto daba yo una palmada, sea la que fuera la hora del día, salía corriendo al mirador, con los brazos y la mirada en alto á manera de poeta improvisador, y me preguntaba y me respondía en verso, y pronunciaba discursos de alta política, de alta guerra, de alta filosofía, de alta literatura (vivía en el tercer piso), declamando, gesticulando, canturreando de manera que daba gozo oírle. En cuanto oían su voz, todos los vecinos se asomaban á las respectivas ventanas.

—«Ó librada por tí la veremos...»—gritaba tendiendo

hacia mí uno de sus brazos, en tanto que con la mano opuesta marcaba el ritmo golpeando en el antepecho del mirador. Y yo: — «Como reina en solio sentada...» — Y él: — «Ó más sierva (la criada levantaba los ojos), más vil, más hollada...» — Y yo: — «Bajo el yugo de hierro estará.» — Y él: — «Bajo el yu...» — Y yo: — «de hier...» — Y él: — «ro estará.» — Y luego los dos juntos: — «¡Sí estará! ¡Sí estará! ¡Sí estará!»

Á lo cual seguía un estrepitoso coro de carcajadas, procedentes de todos los pisos. — Así me gusta la juventud, — murmuraba el pobre anciano. Y la cocinera se ocultaba detrás de un postigo desternillándose de risa. Y su dueña hacía un delicioso mohín que quería decir: — ¡Qué locos más simpáticos! — Y la señora napolitana me echaba un beso, y mi hermanita echaba á correr, y mi madre me tiraba del vestido, y mi hermano murmuraba: — Es demasiado, — y mi primo el coronel, soldado rígido y austero, que me quería muy mucho, sin que fuera esto impedimento para que me echara muy buenas fraternas, razón por la cual le había dado yo el nombre de censor bondadoso, cuando se hallaba presente me decía seriamente: — Sé formal.

Y lo que es delante de él, no tengo por qué ocultarlo, sentíame como cohibido; pero en cuanto rompía el amigo con una nueva estrofa, adiós comedimiento y vuelta á empezar con más estrépito si cabe.

Era esta la comedia pública, á la cual seguía la privada, Venía á buscarme el mayor de los nietecillos del soldado viejo y yo: — ¡A formar! — y cogía del brazo á mi madre y á mi hermana y al pequeñuelo, y quieras que no hacía que formaran, y que permanecieran en fila, y si mi madre se echaba á reir, le ponía una mano sobre el hombro, diciéndole:

— ¡Firmes, mi buena señora, y derecha y seria; de no cerraremos las puertas, y os declamaremos cincuenta octavas con toda la fuerza de nuestros pulmones, y bien sabéis que nos los habéis hecho robustos!

— ¡No, no, por compasión! — respondía.

— ¡Entonces silencio! — decía yo.

— ¡Pues no queda más remedio, sea! — murmuraba volviendo á reirse y dirigiéndose á mi hermana.

¡Y era tan bella su sonrisa, tan encantadora, tan gentil!

— ¡Atención! ¡*Marchen!*

Mi voz de mando era tan potente que mis soldadillos se desordenaban y echaban á andar cada uno por su lado tapándose las orejas, y yo detrás de ellos y cogiéndoles les volvía á su sitio, y les dejaba en libertad con la condición de que gritaran todos á la vez:

— ¡Viva la guerra!

Pero mi madre me decía:

— Yo no doy ese grito.

— Lo has de dar.

— ¡Yo no!

— ¡Pues ahí va un beso, ángel mío!

Al paso que transcurrían los días aumentaba su preocupación. Habían partido ya varios regimientos, esperábase de un momento á otro la orden para que el mío partiera también, y ella no lo ignoraba. Muchas veces, en tanto que yo alborotaba, la sorprendía mirándome con ademán triste y pensativo y le preguntaba:

— ¿Qué piensas?

Y me respondía tristemente:

— Pienso, hijo de mi vida, que sólo nos quedan muy pocos días de estar juntos... Siéntome dichosa viéndote tan alegre; pero al propio tiempo... tu alegría me hace daño, porque... comprendo que será más doloroso para mí el vacío y el silencio... que dentro de poco... reinarán en esta casa.

— Es verdad, pensaba yo. ¡Pobres mujeres! Ánimo, valor, les decíamos nosotros, nosotros que marchamos á la guerra llenos de entusiasmo, de ambición, de sueños de gloria, alegres, libres de cuidados, rodeados de amigos; en tanto que

ellas quedan aquí solas, sin consuelo, sin distracciones, pensando eternamente en nosotros, con duelo en el corazón, llorando...

—En estos días...—añadía mi madre, —comprendo, adivino que estos días nada soy yo para tí... No, no, permite que te lo diga; no me quejo por ello... ¡Pobre hijo mío, es natural!... pero...

—Escucha, —le decía yo para consolarla, —tú que tienes un corazón tan grande, tan noble, tan elevado, puedes hallar en tí misma un consuelo con más facilidad que otras muchas mujeres. No seamos egoístas. ¿No crees acaso que esta guerra debe hacerse, que es justa, que constituye un deber sagrado para la patria?

—¡Oh, sí! ¡esto sí! —contestaba secándose las lágrimas.

—Pues entonces, si no la hiciéramos nosotros, generación adulta, deberían hacerla más tarde nuestros hijos. Si no hubiese cincuenta mil madres que lloraran hoy, las habría dentro de veinte, de treinta años. Nosotros nos sacrificamos por nuestros hijos; por los quinientos mil pequeñuelos y las quinientas mil pequeñuelas que se hallan hoy en mantillas: en aquéllos tienen las segundas los amantes que les están predestinados, los esposos que han de llevarlas al altar: ¿no hemos de hacer nosotros por cuantos medios podamos, que su porvenir sea completamente dichoso, y que libres de todo pesar y de toda desventura puedan un día enamorarse, casarse y multiplicarse?

Mi madre sonreía, pero pasados breves momentos volvía á entristecerse.

—¡Todo esto es cierto,—decía suspirando,—pero no basta, no basta á consolar á una pobre madre!

Y apoyando los codos en la mesa, y abandonada la frente entre las manos, lloraba quietamente. Yo procuraba consolarla.

—¡No, hijo mío! véte, vé á buscar á tus amigos; no quiero entristecerte: déjame que llore sola: véte, véte.

Y durante la velada permanecía sola, muda y á oscuras en un rincón del gabinete, pensando, pensando, pensando.

Nunca como en aquellos días he tenido ocasión de experimentar el maravilloso poder de la imaginación sobre el sentimiento. Como por distracción, y no teniendo otros asuntos en qué ocuparme, comenzaba á fantasear sobre posibles acontecimientos de la guerra, y poco á poco y sin darme cuenta de ello, me encontraba tan profundamente metido en batallas imaginarias, en entradas triunfales, en el regreso de la campaña, que materialmente me parecía hallarme metido en ello, y verlo, y sentirlo, y tocarlo, y me estremecía de pies á cabeza, y la sangre me hervía, y me oprimía la cabeza entre las manos temeroso de que me estallara de pronto á impulso de las encontradas ideas que agitaban mi mente en revuelto torbellino, y el pecho me latía apresuradamente, y me acometían poderosos ímpetus de ternura infantil.

Una noche hallábame de guardia en el Palacio Madama: estaba solo en mi cuarto sentado á la mesa, con la luz ante los ojos, fantaseando más extrañamente que de costumbre, dejando que la imaginación fogosa y desenfrenada vagara á su antojo por donde mejor le pareciera. En alas de ella había-me elevado á altura tan suprema que abarcaba con la mirada montes, valles, ríos, bosques, una comarca extensísima, y distinguía y veía en todas las ciudades una muchedumbre inmensa recorriendo las calles, y cuajadas de deslumbrantes bayonetas las plazas de armas: de las fortalezas, de los arsenales, de los puertos salía un confuso ruido de armas y de cantos; el estrépito especialísimo de un trabajo precipitado y febril, y á lo largo de las vías férreas continuados é interminables trenes, que recorrían lentos y pesados el país en todas direcciones, alcanzándose, cruzándose, encontrándose, saludados por las gentes que se agolpaban á su paso, y luego se detenían acá y allá, y vomitaban cañones, carros, caballos,

oleadas de hombres en armas; y de pronto estallaba por todas partes un concordante estrépito procedente de tambores y cornetas, y de todas y cada una de las ciudades salían y se iban extendiendo por la campiña hasta perderse de vista, las columnas y los regimientos que convergían en un punto y se juntaban dos á dos, tres á tres avanzando lentamente hasta los confines del horizonte, coronando las alturas, serpenteando á lo largo de los ríos, descendiendo al fondo de los valles, desplegándose en inmensas líneas de batalla sobre la vasta extensión de las llanuras dilatadas. Véanse las montañas del Tirol, desde el lago de Garda en adelante, hasta perderse de vista, ostentando en mil lugares distintos las rojas camisetas de los voluntarios, quienes trepaban á las cumbres más enhiestas, descendían á los valles más profundos y desaparecían en las hondonadas, volviendo á aparecer en lo más empinado de las colinas; y entretanto la vasta llanura lombarda cubríase en toda su extensión de tiendas y de parques, y resonaban músicas y gritos; y caía luego la noche, y callaba todo, y por último, al amanecer de una hermosa mañana de primavera, se separaban con la rapidez del rayo del cuartel general una verdadera nube de jinetes que, esparciéndose por todas partes y propagando una palabra de uno á otro campamento, daban lugar á que el ejército entero se pusiera en armas, y se ordenara y comenzara lentamente el movimiento de avance... Y al llegar á este punto, no teniendo fuerzas la imaginación para abarcar en conjunto el cuadro inmenso de aquella inmensa batalla, parecíame envuelto todo en inmensa nube, acá y allá desgarrada á grandes trechos, al través de los cuales se distinguían nuestros aguerridos regimientos, lanzándose animosos al asalto de las alturas, retrocediendo, subiendo de nuevo con mayor empuje; y escuadrones de caballería que lanza en ristre atacaban decididos los cuadros inexpugnables; y baterías y más baterías que desde la cima de las alturas destrozaban y reducían á la nada las alas de las columnas

fugitivas; y numerosos batallones de infatigables tiradores, que extendiéndose, replegándose, avanzando, flanqueando, ocultándose y volviendo á aparecer, formaban dilatadas cadenas, y en todas partes los asaltos sucederse á los asaltos, y las líneas á las líneas, y los combates á los combates, llenando la inmensidad del espacio sonos tremendos de horrísono fragor. De pronto al movimiento y al ruido suceden la calma y el silencio, la niebla se disipa, el polvo se desvanece, nuestros batallones ocupan las crestas de todas las montañas, flotan en las cumbres, acariciadas por las brisas, nuestras triunfantes banderas, suenan las bandas himnos de victoria, y del uno al otro extremo de Italia un grito de júbilo, de mucho tiempo preparado, durante largo tiempo comprimido, brota de todos los pechos, y... ¡Oh, sé inmenso, sí, sé inmenso, grito de victoria, y repitan tus sonos los ecos todos de la bóveda inmensa; pero no impidas no, que llegue á mis oídos aquel hilo de voz trémula brotado del seno de mi madre!... ¡Oh Dios! ¡mi cabeza, mi cabeza!

Lancéme fuera del cuarto, salí del Palacio. La plaza Castello estaba desierta y tranquila como el patio de un inmenso convento; la colina de Superga se dibujaba perfectamente sobre el cielo límpido y estrellado, y la fachada de la Gran Madre di Dio, iluminada por la luz de la luna, parecía hallarse á dos pasos de distancia.—¡Qué bella noche!—exclamé.—¡Me siento completamente feliz!

Y sin embargo, aquella mi felicidad se hallaba turbada por la imagen de una pobre mujer, que sola, muda y á oscuras, permanecía sentada en un rincón de su gabinete, y con la frente apoyada entre sus manos, pensaba, y pensaba, y pensaba.